



LOS
MALOS AÑOS

La guerra entre Pedro el Cruel
y la Reina Blanca

LEÓN ARSENAL



Pedro I de Castilla, es uno de los personajes más fascinantes y controvertidos de la Edad Media española, apodado tanto el Cruel como el Justiciero y, ha sido fuente de inspiración para obras de Lope de Vega, Zorrilla o Pedro Marquina. En esta ocasión, León Arsenal, nos traslada a los momentos previos a la boda del rey Pedro con Blanca de Borbón. Un matrimonio de conveniencia que acabará con el confinamiento en el Alcázar de Toledo de la nueva reina al poco tiempo de la boda. Este acto provocará la ruptura con Francia, una división de la nobleza que, tomará partido por uno u otro de los cónyuges y el abono perfecto para la rebelión de Toledo que no tardará en extenderse a otras ciudades. Un tiempo sin duda turbulento, de enfrentamientos entre la nobleza y la monarquía castellana, de traiciones, amores incomprensidos, intrigas palaciegas y con la amenaza aún presente de la peste negra.

Para Emily Nicoli, presente, como ella
decía, en forma de ausencia.

NOTA PREVIA

La figura de don Pedro el Cruel despierta interés en gente de lo más diversa. Es un mito que, sin embargo, se mantiene en segundo plano tras otros astros, más brillantes, de la iconografía histórica española. Al contrario que otras figuras de nuestra historia, don Pedro nunca fue elegido por ideología alguna para encarnación de sus ideales. En eso, ha tenido la suerte que no tuvo en vida. No ha sufrido el mismo destino que don Pelayo, los Reyes Católicos o los Comuneros. A cambio de quedar medio en sombras, no se ha convertido en un esperpento nacionalista o partidista, santificado y demonizado por grupos antagónicos de faciosos que ningún interés tienen por la historia y el personaje reales.

Los historiadores, a su vez, siempre han estado divididos respecto a Pedro I de Castilla, con posturas que van desde las de quienes le consideran justiciero y buen gobernante a la de los que le tildan de enloquecido sanguinario. Tanta pasión no se debe sólo al personaje (que la merece) sino a la época que le tocó vivir, ya que el siglo XIV fue crucial para la historia de España. En Castilla, por ejemplo, el poder real quedó mermado durante más de un siglo, a merced de una nobleza crecida a la que la dinastía advenediza de los Trastámara debía todo. Y en Aragón la evolución histórica no fue más tranquila, ni más positiva.

Si a eso sumamos que el XIV dejó abundancia documental, muy superior a la de siglos precedentes, el trabajo del escritor se complica. Disponemos de varias fuentes sobre don Pedro: no sólo la gran crónica del canciller López de

Ayala, sino también las Crónicas de la Corona de Aragón, de Jerónimo Zurita, o las de Froissart, nos suministran información, no siempre coincidente. Hay donde elegir y es preciso manejarse no sólo con lo histórico, sino también en lo literario.

Algunos creemos que este género es más que las crónicas noveladas o una excusa para poner en boca de personajes históricos reflexiones del autor. Que la novela histórica es ante todo literatura y, en literatura, la unidad básica narrativa sigue siendo la escena, lo mismo que los hilos conductores de la acción son las tramas.

Y desmenuzar esta narración en escenas y tramas, con todo lo que de elección y descarte tiene, resulta arduo. Se podrían escribir cien novelas con las distintas peripecias que se entrecruzan en las crónicas de la época. En mi caso, al final, de la novela sobre el reinado completo de don Pedro que planeaba en un principio, acabé por pasar a la narración de sólo una parte: la gran guerra nobiliaria causada por la cuestión de la boda del rey con Blanca de Borbón. Abarcar más hubiese exigido un enfoque distinto o una extensión de novela disparatada. La historia en sí —ese siglo XIV de pestes, hambres y guerra, con sus odios, traiciones y venganzas atroces—, acabó por convertirse en protagonista de la novela. En un escenario así, las diversas tramas se convierten en hilos de un tapiz más amplio. La narración se vuelve coral y los actores de la misma, incluido el propio don Pedro, entran y salen de la misma según lo exija la acción. En tal sentido, la novela se convierte en un remedo de la vida misma, donde no todo queda cerrado, o ni siquiera explicado al cien por cien. Esto no implica que no pueda abordar, en el futuro, otro u otros períodos del turbulento reinado de don Pedro, pero siempre en forma de novela con entidad propia.

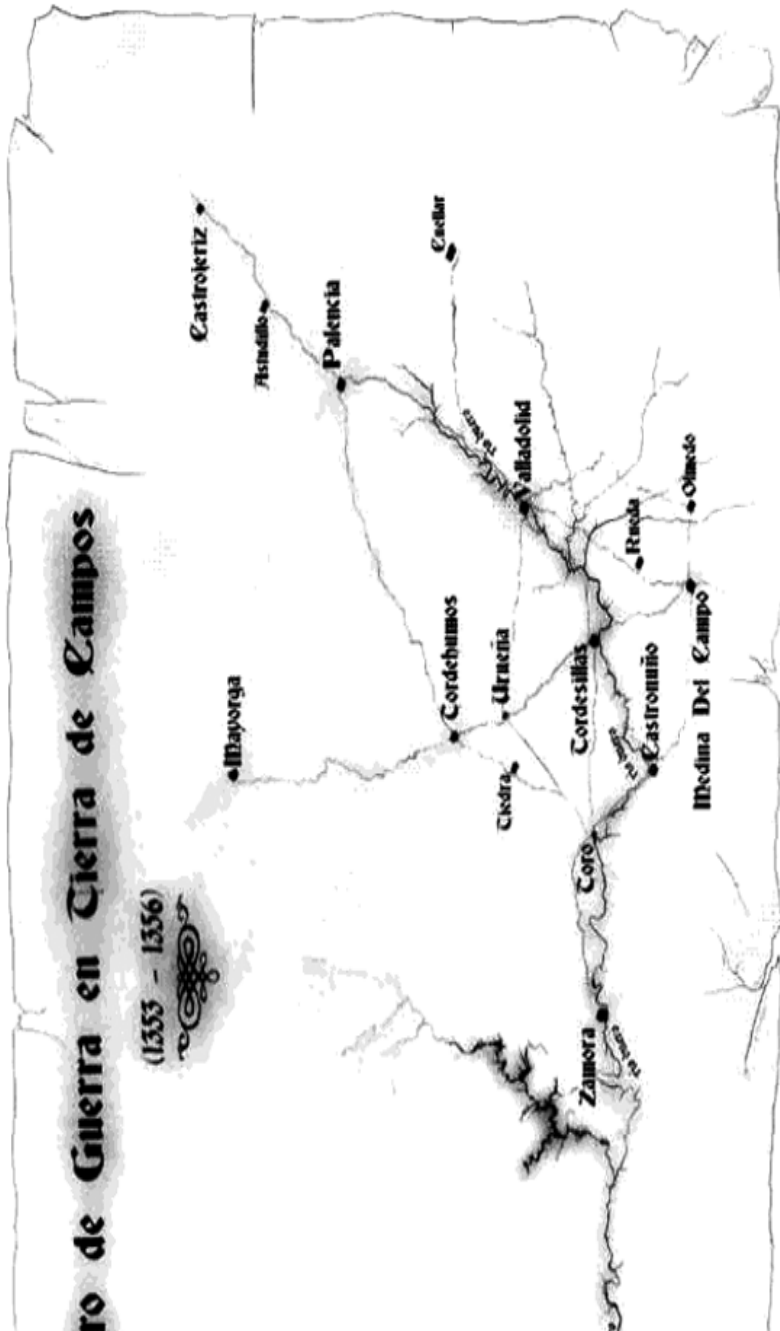
Y, sea cual sea el planteamiento literario, el rigor histórico es obligado. Cuanta más documentación disponible, más hemos de indagar y ponderar. Sabemos mucho de la

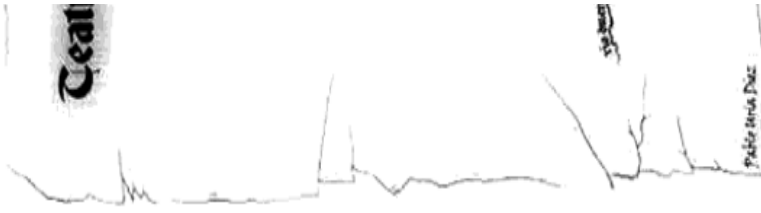
época, pero también es mucho lo que ignoramos, y también lo que plantea dudas. Y es en ese tercer terreno, el de la incertidumbre, donde un novelista puede jugar para sacar ventaja para su novela. Un ejemplo: la heráldica en ropas y escudos estaba reservada, en esa época, a los ricos-hombres (la nobleza de la nobleza; lo que luego serían Grandes de España); pero los muchos edictos reales recordando a los castellanos tal norma induce a pensar que no debía respetarse gran cosa. Yo, ante la duda, opté por ello, por una simple cuestión estética. Son más evocadoras las imágenes de huestes en la que cada cual luce en pavés y sobrevesta su propio blasón. Otras veces hemos de elegir. Por ejemplo, en la novela he reservado el tratamiento de «vos» en los diálogos a la realeza. La razón: aligerar y dar viveza a las conversaciones.

Son detalles que el lector puede o no conocer, y que el autor no siempre explica. Esto no es un tratado de historia, sino una ficción. El objetivo básico es que el lector disfrute con su lectura, sin renunciar al rigor histórico.

Como bien sabes, en el año de Cristo de 1350, llegó a Castilla la Peste, para cebarse por igual en ricos y pobres, altos y bajos. No respetó siquiera al rey don Alfonso Onceno, al que abatió durante el asedio de Gibraltar. Se fue luego la Peste, pero posó aquí la Muerte, como si hubiera encontrado buen acomodo en estas tierras y, desde entonces, no ha dejado de cosechar entre los más grandes del reino.

**De una de las cartas de Juan de Beaumont
a Constanza Uxue**





DRAMATIS PERSONAE

Abarca, Martín. Hidalgo navarro. Uno de tantos aventureros que recorrían en esa época los reinos hispánicos, poniendo su espada al servicio de los nobles.

Alburquerque, Juan Alfonso de. Ricohombre de origen portugués, descendiente de reyes lusos por línea bastarda, que llegó a ser el hombre más poderoso de Castilla durante largos años. Fue el mayor valedor de la reina María de Portugal en los años duros y, según las malas lenguas, también amante suyo.

Albornoz, Alvar de. Caballero de Cuenca, primogénito de una de las familias más poderosas de la ciudad. Ocupó cargos y oficios, pese a ser hermano del cardenal Gil de Albornoz, enemigo del rey, y acabó siendo uno de los grandes paladines de Blanca de Borbón.

Alfóntez, Enrique. Uno de los diez hijos de Alfonso XI de Castilla y Leonor de Guzmán. Favorito de su madre, fue siempre el líder de sus hermanos, aunque éstos no siempre le siguieron en sus vaivenes políticos. Fue conde de Trastámara, título que apellidó a su dinastía.

Alfóntez, Fadrique. Gemelo de Enrique, al menos en lo físico, ya que quizá no tanto en el alma. Fue maestre de la orden de Santiago y, en lo político, siguió a veces la estela de su hermano y otras su propio camino, lo que no le depa-
ró mejor fortuna.

Alfóntez, Tello. Hermano de los dos anteriores. Considerado pérfido y desleal incluso por hombres que respira-

ban traición, consiguió del rey don Pedro el señorío de Vizcaya; dádiva que no le hizo más leal o agradecido siquiera.

Aragón, Fernando de. Hijo de Alfonso IV de Aragón y Leonor de Castilla. Marqués de Tortosa y señor de Albarra-cín. No hizo en su vida otra cosa que intrigar contra el rey de Castilla, contra el de Aragón y contra cualquiera que cometiese el error de aliarse con él sin tomar las debidas precauciones.

Aragón, Juan de. Hermano del anterior. Tan turbulento y ambicioso como él, aunque vivió a su sombra y fue a menudo su comparsa, quizá por la condición de primogénito del otro.

Aragón, Leonor de. Para los aragoneses, Leonor de Castilla. Segunda esposa de Alfonso IV de Aragón. Conspiró sin descanso a favor de sus dos hijos, con el objetivo último, declarado sin ambages, de sentar a Fernando en el trono aragonés.

Aragón, Pedro IV de. Rey de Aragón apodado *el Ceremonioso* o *el del Punyalet*. Erudito, protocolario e irascible, tuvo que luchar durante toda su vida contra los enemigos más diversos —hermanastros, hijos, nobles, reyes vecinos— para afianzar el poder de la corona en sus reinos.

Ayala, Fernando de. Señor de Ayala, en tierras de Álava. Uno de los grandes puntales del rey de Castilla en sus primeros años. En ese tiempo, se enfrentó a todo un ejército de vizcaínos que trataba de defender los derechos del niño Nuño de Lara, hijo del finado Juan de Lara, señor de Vizcaya, y pacificó la comarca de las Encartaciones.

Ayala, Pedro. Hijo del anterior. Erudito, cortesano, guerrero. Como casi todos, cambiaba más de bando que de camisa. Pasó a la posteridad por sus crónicas, que son no sólo una inestimable fuente histórica, sino también una de las piedras angulares del castellano como idioma.

Barroso, Pedro. Obispo de Sigüenza, toledano de origen. Gran teólogo, en lo mundano fue uno de los eclesiás-

ticos que tomó partido más firme por la reina Blanca, lo que le costó la prisión y el expolio de sus bienes.

Beaumont, Juan de. Navarro, otro de tantos hidalgos que hubo de deambular por los reinos españoles, buscándose el sustento con la espada, a la sombra de las banderías.

Benavent, Hug. Físico y astrólogo catalán, nacido en la colonia de Alejandría. Curioso insaciable, viajó por Asia y Europa, antes de recalar en Castilla, a tiempo de ser testigo de los grandes hechos del reinado de don Pedro.

Benavides, Juan Alfonso. Alguacil mayor de Castilla. Emparentado con los Tenorio de Sevilla, resultó uno de los oficiales más leales al rey don Pedro.

Borbón, Blanca de. Una de las seis hijas del duque de Borbón. Tras largas negociaciones matrimoniales, fue enviada a España a casarse con Pedro I de Castilla. Para su desgracia, llegó sin dote y no fue bien recibida por el rey, lo que a ella le acarreó penurias y al reino guerras.

Cabeza de Vaca, Ruy. Mayordomo mayor de Juan Alfonso de Alburquerque. Hombre de caballerosidad intachable y fidelidad de hierro, virtudes que, en ese tiempo y lugar, eran tan alabadas como poco frecuentes.

Cabrera, Bernal de. Vizconde de Cabrera. Almirante de Cataluña, fue durante muchos años uno de los consejeros más influyentes de Pedro IV de Aragón. Estadista sagaz y estrategia brillante, su política le granjeó tanta admiración fuera de Aragón como gran número de enemigos en el interior.

Cañizares, Lope de. Hidalgo castellano, primero vasallo de Alfonso XI y luego oficial menor de su hijo don Pedro. Prestó a éste grandes servicios y entre sus hazañas estuvo la de infiltrarse con gran riesgo de su vida, al comienzo del reinado, en Algeciras, en poder de rebeldes, para animar a los leales al rey a actuar.

Carpentero, Pedro. Comendador mayor en Castilla de Calatrava. Sobrino del maestro de la orden, Juan de Prado,

al revés que muchos de sus contemporáneos, no fue amigo de cambiar de bando ni de abandonar a los suyos, lo que no le supuso reconocimiento ni honores, ni tampoco un buen destino.

Carrillo, Juan. Caballero castellano. Fue de los que estuvieron en la heroica defensa de Tarifa, en tiempos de Alfonso XI, y era considerado un verdadero espejo de buenos caballeros. Amigo y compadre de Alfonso Coronel, se unió a él cuando ya estaba sitiado y en situación desesperada, por pura amistad.

Carrillo, Martín. Ahijado del anterior, que lo recogió cuando la peste de 1350 acabó con sus familiares cercanos. El caballero le crio como a un hijo y le educó en las habilidades y los principios que, a su juicio, debía adornar a un hombre de honor.

Carrillo, Pedro. Caballero castellano, hermano de Juan. Algo más joven y bastante más turbulento que él, fue banderizo de Enrique de Trastámara. Como su hermano, creía en el honor y la palabra dada, y en un mundo donde la traición era natural, se mantuvo junto a su señor siempre, aun en los momentos más duros.

Castilla, Alfonso XI de. Llamado el Justiciero, no por su amor a la justicia, sino porque solía ajusticiar a quien le disgustaba. Combatió a los grandes señores, a Granada y a los benimerines africanos. Apartó a su esposa e hijo legítimos para convivir con Leonor de Guzmán, con la que tuvo diez hijos. Tan tozudo como belicoso, murió de peste mientras sitiaba Gibraltar, por negarse a retirarse a tiempo.

Castilla, Pedro I de. Hijo y sucesor del anterior, apodado por unos el Cruel y por otros el Justiciero. Vivió una infancia triste, relegado por su propio padre. Heredó de éste el gusto por las artes adivinatorias y la justicia sumaria, además de la alergia hacia la legítima esposa.

Castro, Alvar de. Caballero gallego de la familia Castro. Buscó fortuna en la corte de don Pedro, por lo que vivió de lleno en las convulsiones políticas de esos años.

Castro, Fernando de. Ricohombre, cabeza de su familia, la más poderosa de Galicia durante aquel siglo. Se vio arrastrado por las luchas nobiliarias castellanas, aunque en su caso combatió más por defender el patrimonio familiar que por codicia de acrecentarlo, como ocurrió con muchos.

Castro, Juana de. Hermana de los dos anteriores. Tan bella como ambiciosa, casó primero con Diego de Haro pero, tras enviudar, no dudó en aspirar a metas mucho más altas.

Cerda, Juan de la. Ricohombre sevillano, muestra perfecta de las virtudes y defectos de los de su clase en esa época. Ilustrado y culto, fue un gran poeta, aunque ni una sola de sus composiciones nos ha llegado. Ardiente enamorado de su esposa, María Coronel, no dudó en correr grandes riesgos al apoyar al padre de ésta. Aparte, fue traicionero y tornadizo, y no dudó tampoco en cambiar de bando cuantas veces fue menester.

Coronel, Alfonso. Noble cordobés, señor de Aguilar. Para conseguir la dignidad de ricohombre, buscó el apoyo de Juan Alfonso de Alburquerque. Pero, una vez lograda, se negó a entregar a éste Burguillos, como habían pactado. Luego, el miedo a la venganza de Alburquerque le empujó a una rebelión disparatada, sin opciones de triunfar.

Gudiel, Pedro. Obispo de Segovia, toledano de nacimiento, al igual que el obispo de Sigüenza. También tomó partido decidido por doña Blanca de Borbón, pese a que llegó a su lado enviado por don Pedro, con la misión de mantenerla vigilada.

Guzmán, Leonor de. Dama sevillana, la más hermosa de su tiempo. Amante del rey Alfonso XI de Castilla, al que dio diez hijos. Al morir éste, sufrió las iras de la reina María de Portugal, aunque no por eso dejó de intrigar a favor de sus hijos. De hecho, logró casar con ardides a Enrique con Juana Manuela, lo que sirvió de argumento a la reina María para convencer a su hijo don Pedro de que debía ser ajusticiada.

Henestrosa, Juan de. Caballero castellano, tío de María de Padilla. Gracias a su sobrina, llegó a ser el principal consejero de Pedro I. Demostró sensatez política, así como un espíritu mesurado y leal al trono, por lo que fue uno de los principales puntales de don Pedro durante toda su vida.

Juan. Apodado el Muerto. Religioso ambulante de los que abundaban en la Castilla de la época. Heredero de la tradición goliarda, vitalista, juglaresco e inconformista, presumía de haber sobrevivido a la peste y andaba errante, para ahorrarse problemas con las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas.

Levi, Samuel. Primero almojarife de Alburquerque, las recomendaciones de éste le encumbraron al oficio de tesorero mayor de Castilla. Una vez en el cargo, su lealtad siempre estuvo con don Pedro. Fue gran benefactor de la judería toledana, de donde era nativo, a la que incluso donó una sinagoga hermosísima de fachada ornada con las armas de Castilla y León, así como alabanzas al rey.

Lucio, Gonzalo de. Amigo y mano derecha de Juan de Henestrosa. Se mantuvo siempre a su lado y ocupó cargos de confianza con don Pedro.

Osorio, Alvar. Hidalgo leonés, amigo de meterse en líos, mitad por espíritu aventurero, mitad por temple caballeresco.

Padilla, Diego de. Hermano de María de Padilla. Ambicioso y sin escrúpulos, obtuvo numerosos oficios mayores en Castilla, a la sombra de su hermana, y llegó a convertirse en maestre de Calatrava, pese a la hostilidad de no pocos caballeros de la orden.

Padilla, María de. El gran amor de don Pedro I. Éste la encontró en Asturias, en la casa de la esposa de Alburquerque, en cuyo séquito estaba, cuando iba a sofocar una de las revueltas de sus hermanos. Y ya nunca quiso alejarse de ella.

Palomeque, Tel. Caballero bueno toledano. Enviado por el rey a vigilar a su esposa doña Blanca, fue otro de los

que, ganado para la causa de ésta, se rebeló junto con sus hermanos en defensa de sus derechos.

Portugal, María de. Esposa de Alfonso XI de Castilla. Vivió apartada de su esposo, por lo que se rodeó de portugueses fieles, consagrada a su único hijo Pedro, en espera de que éste subiese al trono. En realidad, quiso gobernar a través de él y tal actitud fue una de las causas últimas de los conflictos que acabaron desgarrando al reino.

Prado, Juan de. Maestre de la Orden de Calatrava. Fue el amigo más fiel de Juan Alfonso de Albuquerque, aunque mucho más directo y menos taimado que él, lo que sólo le sirvió para cosechar mayores disgustos.

Saldaña, Leonor de. Dama castellana, esposa de Alfonso López de Haro. La reina madre, María de Portugal, la eligió para aya de Blanca de Borbón y ya se mantuvo siempre en su bando, incitando incluso a sus parientes a tomar las armas por su causa.

Sicilia, Leonor de. Noble siciliana, de origen aragonés. Se convirtió en la tercera esposa de Pedro IV de Aragón, al morir la anterior víctima de la peste. Albergaba gran odio contra Bernal de Cabrera e hizo cuanto estuvo en su mano por perjudicarlo.

Tenorio, Juan. Noble sevillano, de una de las grandes familias sevillanas de la época, hijo del gran almirante Alfonso Jufre Tenorio. Perteneció al círculo más íntimo de los Padilla y llegó a ocupar varios oficios mayores en la casa de don Pedro I.

Tenorio, Alfonso Jufre. Hermano del anterior, que recibió el mismo nombre que su padre. Fue alguacil mayor de Toledo y, aunque en un principio era fiel al rey, la mala suerte y no la ambición le llevaron a cambiar de bando.

Tello, Martín Alfonso. Caballero portugués del séquito de doña María de Portugal. Era uno de sus hombres de confianza y también, según las malas lenguas, uno de los supuestos amantes de la dama.